

uno de esos reflejos póstumos que las grandes notabilidades dejan tras sí sobre lo que solo se les ha acercado. Su silencio lleno de reflexion y de misterio, como el silencio de Sieyès, imprimía cierto prestigio á su persona en la Asamblea. Este es el poder de lo desconocido, el atractivo del enigma para los hombres que les gusta adivinar. Mr. de Talleyrand sabia explotar admirablemente este prestigio; su palabra no entreabria sino por algunos rasgos raros y cortos el cubierto horizonte de su talento, con lo que parecia aun mas profundo. Las medias palabras son la elocuencia de la reserva, y esta era la de Mr. de Talleyrand.

Dependian con frecuencia sus opiniones de su situacion y sus verdades no eran mas que los puntos de vista de su fortuna. Indiferente en el fondo, como toda su vida lo ha probado, al trono, á la república, á la causa de los reyes, á la forma de las instituciones de los pueblos, al derecho ó al hecho de los gobiernos, estos no eran á sus ojos mas que formas móviles que toman alternativamente el espíritu del siglo ó el genio nacional de las sociedades, para cumplir tal ó cual fase de su existencia. Tornos, Asambleas populares, Convencion, Directorio, Consulado, Imperio, Restauracion ó cambio de dinastías, no eran para él sino expedientes del destino, y no les sacrificaba un día mas que la fortuna. Se preparaba en su imaginacion el papel de dichoso servidor de los acontecimientos; cortesano del destino, acompañaba la felicidad, servia á los fuertes, despreciaba los poco diestros y abandonaba á los desgraciados. Esta teoría le sostuvo cincuenta años en la superficie de las cosas humanas, precursor de todos los sucesos, flotando despues de todos los naufragios y sobreviviendo á todas las ruinas. Este sistema tiene un viso de indiferencia sobrenatural, que coloca al hombre de Estado encima de la inconstancia de los acontecimientos y le da la actitud de dominar lo mismo que le levanta. En el fondo no es mas que el sofisma

de la verdadera grandeza de alma; esta aparente burla de los acontecimientos debe principiar por la abdicacion de sí mismo, porque para fingir y sostener este papel de imparcialidad con todas las fortunas, es preciso que el hombre separe las dos cosas que hacen la dignidad de carácter y la santidad de la inteligencia, que son la fidelidad á sus compromisos y la sinceridad de sus convicciones; es decir, la mejor parte de su corazon y de su alma. Servir á todas las ideas, es probar que no se cree en ninguna. ¿A qué se sirve entonces con el nombre de ideas? A su propia ambicion; es aparecer á la cabeza de las cosas é ir tras de ellas; estos hombres son los aduladores y no los auxiliares de la Providencia. Sin embargo, Mr. de Talleyrand adivinó desde la aurora de la revolucion, que la paz era la primera de las verdaderas ideas revolucionarias, y fué fiel á este pensamiento hasta su último día.

## XII.

El decreto de la Asamblea, que prohibia á sus miembros aceptar funciones del poder ejecutivo, hasta despues de cuatro años de haber dejado de formar parte de la representacion nacional, prohibia á Mr. de Talleyrand ser el negociador nombrado. Se dieron las credenciales á Mr. de Chauvelin, hombre de corte popularizado por un celo tumultuoso contra ella; pero se dió el secreto, las instrucciones y las negociaciones á Mr. de Talleyrand. Una carta confidencial escrita por Luis XVI al rey de Inglaterra, decia á Jorge III: «Deben establecerse nuevas relaciones entre nuestros dos países. Conviene á dos reyes que han marcado su reinado por un deseo continuo de la felicidad de su pueblo, formar entre sí lazos que llegarán á ser tanto mas sólidos cuanto mas se ilustre el interés de las naciones.» Mr. de Talleyrand fué presen-



todo á Mr. Pitt; empleó con él todo cuanto la adulacion indirecta y la gracia flexible podian producir para interesar el genio de aquel grande hombre en la ejecucion del plan de alianza que deseaba hacerle aceptar. Le pintó con entusiasmo la gloria del hombre de Estado, á quien la posteridad debiese el reconocimiento de aquella reconciliacion de los dos pueblos, que imprimen el movimiento ó la inmovilidad al mundo. Mr. Pitt le escuchó con un favor mezclado de incredulidad. «¡Muy feliz será ese ministro! respondió dando un suspiro; al jóven diplomático francés. Yo quisiera ser ministro en ese tiempo. —Acaso Mr. Pitt, replicó Mr. de Talleyrand ¿creé esa época tan lejana?» Pitt reflexionó y luego dijo: «Eso depende del momento en que vuestra revolución concluya y en que vuestra Constitucion pueda marchar.» Pitt dejó ver claramente á Mr. de Talleyrand que el gabinete inglés no comprometería su mano en una revolucion en toda su fuerza, y cuya crisis, sucediendo diariamente á otras crisis, no daban certidumbre ni seguridad á los compromisos que se contrajesen con ella. Mr. de Talleyrand á su vuelta á Francia, manifestó aquellas disposiciones al ministerio girondino de Roland y de Dumouriez que acababan de suceder á Narbonne y á Lessart. Dumouriez volvió á enviar de nuevo á Mr. de Talleyrand á Londres encargado de solicitar la mediacion de la Inglaterra entre el emperador y la Francia. Esta vez Mr. de Talleyrand y de Chauvelin se hicieron, no solo importunos, sino sospechosos á Mr. Pitt. Este ministro percibió que los dos negociadores franceses llevaban adelante al propio tiempo una doble negociacion; una con él para pacificar la Francia, y otra con los gefes de la oposicion para agitar la Inglaterra. Acusóseles claramente en los diarios ministeriales, de una union oculta é íntima con Fox, con lord Grey y hasta con Tomás Payne y el demagogo Horn-Tooke, fundador de un partido popular, que no solo atacaba á los ministros sino á la

aristocracia, la propiedad, la iglesia, el espíritu de la Constitucion británica y hasta las mismas bases de la sociedad.

Fox, rival de Pitt en la tribuna, hombre mas capaz de agitar los pueblos por la palabra, que de conducirlos por el genio del gobierno, Fox, decimos, se esforzó inútilmente en discursos, en que los golpes de la revolucion francesa resonaban hasta sobre el trono de Jorge III, para paliar los movimientos de Paris; en vano representaba la causa de la libertad francesa, como solidaria de la causa de la libertad británica; el espíritu de su nacion se separó de él para unirse mas y mas á Mr. Pitt. Las proposiciones de Fox, mas populares en la calle, que en la cámara de los Comunes, solo eran sostenidas por débiles minorías de cincuenta ó sesenta votos. El 20 de junio y el 10 de agosto respondieron uno tras otro, á sus promesas de la fundacion de una libertad constitucional en Francia, é hicieron temblar ó estremecerse á la numerosa parte del pueblo, unida al establecimiento constitucional. Lord Gower, embajador de Inglaterra en Paris, fué llamado inmediatamente despues de la destitucion de Luis XVI. con pretexto de que sus credenciales eran ya nulas de derecho por no existir el soberano, á quien se dirigian. La permanencia en Londres de Mr. de Talleyrand y de Mr. de Chauvelin ya no fué considerada por Mr. Pitt, sino como una tolerancia de su gobierno. Las jornadas de setiembre, comentadas con caracteres de sangre en los escritos y en los discursos de Burke, arrojaron una siniestra sombra sobre las palabras de Fox. La paz y la alianza con la Francia parecieron á la nacion inglesa una complicidad con aquellos asesinos impunes. El cautiverio del rey, de la reina y de los dos niños inocentes de todo crimen, añadía la piedad al horror. El proceso del rey sin fórmulas y sin jueces, daba á Pitt por auxiliar todo el sentimiento público.



El rey fué decapitado. Todos los tronos temblaron; todos los pueblos retrocedieron de admiracion y horror ante aquel sacrilegio de la magestad, á quien se atribuía algo de divino. Cuando llegó el correo, que llevaba esta siniestra noticia á Lóndres, Mr. de Chauvelin recibió la orden de salir de Inglaterra dentro de veinte y cuatro horas. Preguntándole la oposicion los motivos de aquella espulsion del suelo libre de Inglaterra, Pitt hizo responder en la Cámara. «Después de unos acontecimientos sobre los que la imaginacion no puede detenerse sin horror, y después que una infernal faccion se ha apoderado del mando en Francia, nosotros no podemos tolerar la presencia de Mr. Chauvelin porque no hay medio de corrupcion que no haya ensayado, por sí mismo ó por sus emisarios, para seducir al pueblo y sublevarle contra el gobierno y las leyes de este país.» Marat, que desembarcaba aquel día en Douvres, recibió la orden de volverse á embarcar sin permitirle siquiera llegar hasta Lóndres. Mr. de Talleyrand sin título oficial del gobierno francés, y que no habia dado Pitt ni los mismos pretextos ni las mismas sospechas que Mr. de Chauvelin, permaneció en Lóndres, conservando aun el último hilo de las negociaciones.

De vuelta en Paris Mr. de Chauvelin, esparció la noticia de una violenta fermentacion en la nacion inglesa; anunció que el pueblo de Lóndres se levantaria en masa, á la primera señal de las sociedades republicanas, en el día en que Pitt tuviese la audacia de declarar la guerra á la Francia, y que Jorge III no estaria seguro en su mismo palacio. Brissot, creyendo las relaciones de Chauvelin, subió á la tribuna de la Convencion en nombre del comité diplomático, y creyó intimidar á Pitt,

anunciando que la guerra que iba á estallar emanciparia la Irlanda del yugo de la Inglaterra. Sordo á los consejos mas ilustrados de Dumouriez, dijo: «La Holanda hace causa comun con el gabinete de San James, de quien se muestra súbdita mas bien que aliada; que participe de su suerte» y poniéndose á votacion la guerra con la Inglaterra y el statuder de Holanda, fué declarada por unanimidad. «Desembarcaremos en su isla, escribió el ministro Monge á la escuadra francesa; arrojaremos allí cincuenta mil gorros de la libertad, plantaremos el árbol sagrado, y tenderemos los brazos á nuestros hermanos los republicanos. Aquel gobierno tiránico será bien pronto destruido.» Pitt, apoyado en la rivalidad nacional por una parte, y en el horror que inspiraba el suplicio del rey por otra, no se inquietó con aquellas amenazas y contaba nuestros barcos y no nuestras proclamas; sabia que la marina francesa tenia diezmasdas sus tripulaciones con la emigracion, contando solo la Francia en la mar ó en sus puertos, 66 navios de línea y 93 fragatas ó corbetas. La Inglaterra tenia 158 navios de línea, 22 de 50 cañones; 125 fragatas y 100 buques lijeros. La Holanda, aliada de Inglaterra, podia además armar mas de 100 buques de guerra de diferente porte. Desde el centro de su isla, rodeada de esta muralla flotante, Pitt podia esperar con tranquilidad y dominar los acontecimientos del continente: sus tesoros no eran menos temibles que sus armamentos, pues podia tener á toda la Europa á su sueldo. Ministro de los preparativos, como por burla le habian llamado diez años antes, su prevision parecia haber adivinado la inmensidad de la obra que una coalicion de diez años iba á imponer á su patria.

## XIV.

No fueron menos funestas en Rusia para nosotros las consecuencias del suplicio de Luis XVI. Rompiendo al



instante Catalina II los tratados comerciales de 1786, en virtud de los cuales eran mirados los franceses en su imperio, como la nacion mas favorecida, prohibió al momento toda relacion entre sus súbditos y nuestros nacionales. Mandó salir de Rusia á todos los franceses en el término de veinte dias, á menos que no abjurasen formalmente los principios de la revolucion de su pais. Hasta entonces, aunque la emperatriz tenia inmensos ejércitos libres para enviar contra la Francia, despues de su paz con la Turquía, habia suspendido su marcha y dejado al Austria y á la Prusia obrar solas contra una revolucion que detestaba con todo el odio que profesa el despotismo á la libertad. Habia esperado mucho tiempo que el rey de Suecia, Gustavo, cuyo entusiasmo contrarrevolucionario animaba, bastaria solo para animar y pacificar la Francia. El asesinato de Gustavo frustró sus designios; y desde la muerte de aquel principe su corazon luchaba entre dos deseos: uno nacido de su ambicion, y el otro de su orgullo de soberana: la Polonia y la Francia. Sus tropas ocupaban á Varsovia, y comprimian en Polonia, las agitaciones de una revolucion que fraternizaba con la de París. El rey de Prusia, por el mismo motivo ocupaba á Danzick y la Gran Polonia. Este desgraciado pais nunca dejó faltar un pretexto á la intervencion de sus poderosos vecinos; la Polonia ha sido con demasiada frecuencia una anarquía constituida. La emperatriz y el rey de Prusia tramaban de concierto la conquista y la reparticion de la Polonia, mientras estuviere ocupado el emperador en defender la Alemania contra la Francia: este era el secreto de la lentitud de la doble diplomacia del rey de Prusia, y la flojedad de la primera coalicion. El rey de Prusia miraba hácia atrás, y la emperatriz no queria comprometer los ejércitos rusos sobre el Rhin, temiendo perder de vista la Polonia.

Pero Catalina al dia siguiente de la muerte de Luis XVI, mandó al ministro que tenia en Lóndres, el

conde Woronzoff, concluyese un tratado de alianza ofensiva y defensiva con la Inglaterra. Apenas fué firmado, dejó á la Inglaterra, la Holanda, la Prusia y al emperador, que soportasen solos el peso de la guerra en el Océano, en los Países Bajos, en el Rhin, y ella se adelantó en masa sobre la Polonia; así prevaleció la política de ambicion en el corazon de Catalina sobre la política de principios. Aparentaba un gran odio contra la anarquía francesa, y escitaba de lejos á sus aliados para que combatesen; pero ella no combatia. Por su parte la Prusia, inquieta con tener á la Rusia detrás y celosa de conservar su parte en la Gran Polonia solo se comprometió á medias. El Austria tomó el papel que tenia la Prusia en la primera coalicion, sublevó el imperio, reunió las fuerzas y se encargó de sostener en primera linea la guerra ofensiva en los Países Bajos, se convino en que las fuerzas de las potencias tendrian cada una su jefe particular, y la unidad de los ejércitos y de las operaciones fué de este modo entregada á merced de las rivalidades. El emperador dió el mando general al principe de Coburgo, que habia mandado los imperiales contra los turcos, y participado con el de Souwaroff la gloria de los triunfos de Fokchani y de Rimnik. Era un general contemporizador de la escuela del duque de Brunswick, y el hombre menos á propósito para desconcertar ú oponerse al ardor de un ejército francés. El principe de Coburgo, apenas fué nombrado, pasó á Francfort á conferenciar con el duque de Brunswick, generalísimo de las fuerzas prusianas, y á concertar con él un plan tan desconcertado y pusilánime como el que acababa de libertar á Champaña, perder á Luis XVI, y descubrir el Rhin.

## XV.

Tal fué la organizacion de esta nueva coalicion, en la que de cinco potencias tres quedaban en expectativa



y solo dos iban á combatir, observándose con inquietud una á otra, y no comprometiéndose sino con reserva, haciendo secretos esfuerzos para echarse el peso de la guerra comun, y maniobrando bajo la diferente direccion de dos generales que solo se entendian para evitar el enemigo.

Hemos dejado á Dumouriez vencedor en Valmy; á Kellermann acompañando mas bien que persiguiendo la retirada del rey de Prusia; á Custine en Maguncia; á Dillon en Alsacia y á Montesquieu reuniendo treinta mil hombres de las guarniciones de nuestras ciudades del Mediodia para invadir la Saboya.

Bosque de los Alpes, la Saboya se une á Mont-Blanc y á Mont-Cenis por su mas elevada cumbre. A un lado baja por una sola y rápida pendiente á los ricos llanos del Piamonte hácia Turin, y al otro se divide en cuatro anchos y profundos valles, de los que cada uno con su torrente se dividen desde el pie de sus ventisqueros hasta la embocadura de aquellas gargantas. Allí estos torrentes, cuyo desnivel se disminuye ó deja de existir, se hacen lagos como los de Ginebra, d'Annecy, del Bourget, ó se pierden en el Isere y en el Ródano, que los llevan al Mediterráneo por las provincias del Mediodia de la Francia. Estos torrentes arrastran sin cesar en sus espumosas aguas los aludes de nieve y los pedazos de rocas desprendidos de las montañas, oyéndose el ruido á una inmensa profundidad, y haciendo con mucha frecuencia imposible el paso de una orilla á la otra. En los estanques donde se ensancha su cauce hay algunos caseríos con paredes bajas y cubiertos con lava negra, sobre la arena parda y las piedras acumuladas por aquellas aguas. Por todo el resto de estas rápidas pendientes hay diseminadas algunas pequeñas aldeas ó cabañas aisladas, suspendidas y como colgadas de los estrechos y perpendiculares escalones de las montañas. En donde estas pendientes son menos inclinadas se estienden varias pra-

deras y algunas cepas que se enlazan á los nogales, y que el paisano, avaro de terreno, cultiva formando emparrados sobre columnas de maderas secas.

A estos valles se reúnen otros sin interrupcion, para perderse sin salida en las gargantas que se estrechan de repente y se ocultan en las nieves. El valle de Faucigny, el mas próximo al Valais y á la Suiza, se forma al pie de Mont-Blanc y desemboca junto á Ginebra. El Maurienne, que baja del Mont-Cenis, se ensancha de repente al aproximarse á Francia, entre Conflans y Montmelian, dos ciudades de la Saboya. Allí se une con el valle de la Tarentaise, por donde corre el Isere. A alguna distancia de Montmelian, el Maurienne se divide en dos, corriendo á la derecha hácia Chambery, capital de la Saboya, y á la izquierda hácia Grenoble, ciudad francesa y capital del Delfinado, encajonada en una entrada de los Alpes. Montmelian, que defiende á la vez la entrada del Maurienne, del Tarentaise, del llano de Chambery y del valle de Gresivaudan, camino de Grenoble, es por tanto la llave de la Saboya.

## XVI.

El pueblo que habita aquellos valles y aquellas llanuras, sujeto á una soberanía cuya residencia esta en Italia, nada tiene de italiano mas que su gobierno. Es una raza completamente distinta de la latina y de la helvética; no habla ni italiano ni alemán, sino francés; su carácter, sus costumbres, sus hábitos y hasta sus industrias son francesas. Tan pronto como el lazo forzado que le une al Piamonte se afloje ó se rompa, la Saboya se inclinará hácia la Francia. Las guerras que la hizo bajo la bandera sarda son contra naturaleza, y casi guerras civiles. Exceptuando la nobleza y el clero, á los que las



soberanías hereditarias y los favores de la corte unen con un amor fanático á la casa reinante de Saboya, todo el resto de la nacion tiene el corazon francés. El yugo del Piamonte le pesa, la supremacia del nombre piamontés le humilla; los privilegios honoríficos de la nobleza le ofenden; el dominio de su clero, que teme la introduccion de las ideas estrangeras en aquellas montañas, le disputa la luz y el aire del siglo. La casa de Saboya, aunque paternal, benéfica y deseosa de hacer mejoras administrativas en los tres gobiernos que rige, los tiene, sin embargo, en una especie de disciplina monástica, que recuerda el régimen español. El rey, el noble, el sacerdote y el soldado son todo el pueblo.

La conformidad de language, la contigüidad de las fronteras, las relaciones mercantiles y las numerosas emigraciones de saboyanos á Francia, habian dejado, sin embargo, infiltrar las ideas revolucionarias en aquellas montañas. J. J. Rousseau pasó su juventud en el pueblecito de Annecy y en la soledad de los Charmettes, cerca de Chambéry. Voltaire habia envejecido en Ferney, á la puerta de la Saboya. Ginebra, fuerte colonia de la libertad protestante y metrópoli desde el tiempo de Calvino de la filosofia moderna, tocaba con sus arrabales al territorio saboyano. Estos recuerdos, estas influencias y vecindades habian inspirado á la poblacion el desprecio de un gobierno benigno, pero atrasado, y el deseo de entregarse á la Francia.

No obstante, las frecuentes uniones de familia entre la casa de Saboya y la de Borbon, el tratado de Worms en 1741, entre Carlos Manuel y Maria Teresa, habia in-feudado políticamente la monarquia sarda al Austria. Victor Amadeo que reinaba en el momento en que la revolucion estallaba en Francia; era un príncipe amado de sus pueblos, contemporizador como la vejez, pero perdia su prudencia en palabras y su tiempo en consejos; por esto le llamaban el Nestor de los Alpes. A pesar de la in-

quietud que le daba la inclinacion de la Saboya á separarse de la union de sus tres principados y entregarse en brazos de la revolucion, su carácter le hubiera decidido á la neutralidad. Pero la influencia que tenia el clero en su ánimo, le habia inspirado horror á una república, que no amenazaba menos el Dios de su fé que el trono de sus padres. Numerosos eclesiásticos franceses, espulsados de sus parroquias por negarse á jurar la constitucion civil del clero, se habian refugiado en casa de sus hermanos de Saboya. Difundian allí las noticias de las persecuciones contra la iglesia y las maldiciones contra el cisma. Chambéry estaba lleno de obispos y de nobles fugitivos que ponian de manifiesto los dolores, las esperanzas y las ilusiones de los refugiados de todos los tiempos y de todos los países. Turin era en el exterior la capital de la contrarevolucion; los realistas de Lyon, de Grenoble, y del Mediodía, sostenian por las fronteras de Saboya y por el condado de Niza, relaciones ocultas con Turin. El rey de Cerdeña habia retirado su embajador de Paris, declarando bastante con este acto que consideraba á Luis XVI como prisionero y que no trataria en adelante con la nacion francesa. Mr. de Semonville, enviado por Dumouriez á Turin para obtener esplicaciones amigables, habia sido detenido en Alejandria, como sospechoso de que iba á fomentar el espíritu de agitacion en Italia. Los girondinos, dueños del ministerio y de la Asamblea hicieron decidir las hostilidades.

## XVII.

Montesquieu, que mandaba el ejército del Mediodía, recibió orden para prepararse á la invasion, y se le enviaron cuarenta batallones destacados del ejército que estaba ocioso en los Pirineos. Su base de operaciones se es-



tendia sobre una línea de mas de cien leguas; desde el Jura, que domina á Ginebra, hasta el Var, que cubre á Niza. Montesquieu sentia una viva impaciencia por mostrar la bandera francesa á pueblos que solo le pedian una ocasion para entregarse á la Francia, y para quienes la conquista se parecia á la libertad. Trazó un campamento al extremo de su derecha sobre el Var, y estableció otro en Tournoux en el centro de la muralla de los Bajos-Alpes. Reunió á su izquierda diez mil hombres en el fuerte de Barreaux, cerca de Grenoble, y en fin, llevó diez mil combatientes de sus mejores soldados á Cessieux y algunos destacamentos á Scyssel y á Gex á la entrada de los valles de la Saboya.

Fiel á las tradiciones militares del mariscal de Berwick, Montesquieu, habia conocido que una espedicion sobre el Piamonte, recinto estrecho y circular, en donde cada punto amenazado puede recibir en tres marchas refuerzos de Turin, su capital y su plaza de armas, era impracticable con masas tan débiles como las suyas; pero no ignoraba que el condado de Niza y la Saboya, dos largos brazos separados de la monarquia sarda, podian ser cortados del cuerpo, y adquiridos por la Francia, sin que el Piamonte pudiese salvarlos. Manióbró pues, con arreglo á este plan, y el 4 de setiembre mandó secretamente la invasion del condado de Niza por sus tropas del Var, combinada con la salida de su flota de Tolon, que atacaria por mar, mientras que el ejército marchase por las montañas á las órdenes del general Anselme. Mandó al general Casabianca amenazar á Chambery por Saint-Genis, y se dirigió él mismo al fuerte de Barreaux con el grueso del ejército para forzar el desfiladero que cierra la Saboya.

## XVIII.

El ejército piamontés, que constaba de diez y ocho mil hombres, estaba mandado por el general Lazary. Habiendo disparado este general algunos cañonazos al ejército de Montesquieu y su retaguardia, en la entrada del desfiladero, replegó sus tropas hácia Montmelian. En lugar de fortificarlo y de este modo cerrar á Montesquieu la entrada de los tres valles, cuyo punto de partida domina aquella ciudad, Lazary lo abandonó, cortando el puente, y se retiró á Conflans. Todos los cuerpos piamonteses diseminados en Ancey, en Chambery y en Faucigny, se replegaron aisladamente y casi sin combatir, para reunirse al núcleo principal del ejército sardo y volver á subir hácia el Piamonte. Las columnas francesas los siguieron sin obstáculo en medio de las aclamaciones del pueblo invadido. Montesquieu hizo su entrada triunfal en Chambery, y recibió de mano de los magistrados las llaves de la capital de la Saboya, cuya administracion dejó á los habitantes. El mismo día de este triunfo, los jacobinos destituan en Paris al general Montesquieu. La noticia de su victoria y el grito de indignacion publica contra la ingratitud de los jacobinos, hicieron revocar por un momento aquella destitucion; Montesquieu organizó su conquista y llevó sus tropas á la frontera de Ginebra.

Durante estas operaciones, el general Anselme, reuniendo los batallones de los voluntarios de Marsella á los ocho mil hombres que mandaba, se fortificó sobre la línea del Var, amenazando el condado de Niza, con una invasion y previniéndose contra otra en el Mediodia. El conde de Saint-André mandaba los piamonteses, componiéndose su ejército de ocho mil hombres de tropa de línea y de doce mil soldados voluntarios de las milicias del pais.



El condado de Niza, estrecho pero admirable anfiteatro natural, que desciende gradualmente de la cumbre de los Alpes hacia el Mediterráneo, es una Suiza italiana, donde el olivo y el limonero reemplazan las hayas y los pinos; pero sus valles estrechos, de difícil acceso, atravesados por barrancos y torrentes, muchas veces secos, ofrecen para la invasión las mismas dificultades que la Saboya. La raza liguria, que le habita, raza pastoril en las montañas, marítima y comerciante en las costas y belicosa en todas partes, hablando distinto idioma, y con costumbres diferentes de las francesas, estaba muy distante de tener con la Francia la misma simpatía que los saboyanos. La mar y las montañas dan á los pueblos el sentimiento de una doble independencia. La proximidad de Génova presentaba en todos tiempos á las poblaciones litorales, el ejemplo de una individualidad republicana emancipada del yugo de las grandes monarquías vecinas. El espíritu genovés era el espíritu público del condado de Niza: el amor á los principios franceses y el horror al yugo de la Francia. Los montañeses bajaban á bandadas de sus aldeas alpestres, calzados con sandalias atadas con correas, con la escopeta en la mano, incapaces de soportar una larga campaña y la disciplina militar; pero ágiles, infatigables é intrépidos para una guerra de montaña, de sorpresas y guerrillas.

Habia escogido hábilmente el conde de Saint-André la posición de Saorgio, altura inexpugnable, que domina á Niza, los caminos de Francia y del Piemonte, para centro y ciudadela de la provincia, que estaba encargado de defender. Habia establecido allí de antemano un campamento fortificado y atrincheramientos guarnecidos de murallas. El almirante Truguet se presentó delante de Niza el 28 de setiembre, con una escuadra compuesta de nueve navíos, y amenazó con bombardear la ciudad. El general Anselme se aproximó por tierra, dispuesto á intentar el paso del Var. Por la noche el gene-

ral Courten, que mandaba la ciudad, replegó sus tropas hacia Saorgio. Tres mil emigrados franceses, que habian buscado asilo en Niza, indignados con el cobarde abandono de la guarnicion, sublevaron una parte del pueblo, y corrieron, unos á las baterías de mar y los otros á las del Var; pero amenazados por los particulares, que no veian en esta lucha desesperada mas que un pretesto para incendiar la ciudad, se retiraron por la noche al camino de Saorgio, perseguidos, insultados, robados y asesinados por el populacho feroz de la costa. Este amenazaba saquear hasta la ciudad; los particulares enviaron á suplicar al general Anselme ocupase la plaza lo mas pronto posible. Anselme pasó el Var á la cabeza de cuatro mil franceses, y entró en medio de aclamaciones unánimes en la capital del condado.

## XIX.

Mientras tanto, los escesos que los revolucionarios de Niza cometian contra sus enemigos personales, al abrigo de las bayonetas y de la bandera de Francia, sublevaron á los montañeses, siempre mas unidos á las antiguas costumbres y mas fieles al antiguo dominio que los pueblos de las llanuras, de las orillas de los rios ó de las playas del mar. Los sacerdotes y los frailes temiendo penetrasen á mano armada en su imperio, las ideas que acaban de despojar la iglesia en Francia, confundieron su causa con la de la religion, y sublevaron el pueblo no por su patriotismo, sino por su conciencia. Los mas jóvenes y mas intrépidos marcharon ellos mismos á la cabeza de las bandas, y hacian fuego á los puestos avanzados y á los destacamentos, franceses donde quiera que les encontraban separados de la masa de los cueros. Emboscados detrás de las rocas ó los troncos



de los árboles, disparaban y huían escalando las escarpadas pendientes con la destreza de los cazadores. La guerra no era mas que un continuado asesinato.

Veía diezmar sus tropas el general francés Anselme. El centro de aquella guerra santa estaba en Oneille. Esta pequeña ciudad marítima y montuosa á la vez, capital de un pequeño principado dependiente de la Cerdeña, era el foco de todas las tramas contra la dominacion francesa. Su puerto servia de refugio y plaza de armas á una multitud de piratas y de corsarios sardos, genoveses y napolitanos, cuyos barcos lijeros y falúas armadas hacían desembarcos nocturnos en la costa ó ejercian en la mar la misma piratería que las bandas de los montañeses en el valle de Niza. Muchos conventos de frailes, verdaderos dominadores de la ciudad, fomentaban aquella guerra santa, y santificaban con sus violentas predicaciones aquellas inútiles y sangrientas expediciones. Anselme y Truguet resolvieron de concierto ahogar el fanatismo en su foco, y embarcaron tropas en Villafranca en los navíos de la escuadra, que aparecieron delante de Oneille el 23 de octubre. El almirante Truguet envió al capitán Chaila, para intimar á la ciudad y obligar á los habitantes á que evitasen con su sumision los horrores de un bombardeo. La falua que llevaba Chaila, se aproximaba con bandera parlamentaria al ver las señales é invitaciones pacíficas de la poblacion que cubría la playa; pero apenas llegó al punto de desembarco cuando la acerbilló una descarga de cien tiros y mató un oficial, cuatro marineros, é hirió muchos hombres y al mismo Chaila. La falua llena de cadáveres y de heridos, viró de bordo, perseguida y ametrallada cada vez que la ola la levantaba, por una nube de balas, y volvió con trabajo á presentar á la escuadra aquel testimonio de la perfidia de los habitantes. Las tripulaciones indignadas clamaron venganza, y Truguet anclando contra el viento, hizo fuego á la ciudad hasta el anochecer. El fuerte de Oneille fué demoli-

do por las bombas, y apagados sus fuegos. Mil doscientos soldados á las órdenes del general Lahoulière, embarcados por la noche en lanchas de la escuadra, esperaron el alba para hacer su desembarco, apoyados por el fuego de dos fragatas.

Los habitantes al ver estos preparativos huyeron á las montañas llevando consigo todo lo mejor que tenían y abandonando sus casas al saqueo y al incendio. Solo los frailes, acostumbrados á la inviolabilidad del sacerdocio, respetado hasta entonces en las guerras de Italia, quedan encerrados en sus conventos. Los franceses fuerzan las puertas de estos asilos; matan sin distincion culpables ó inocentes, á los frailes designados á su venganza por las tramas de que han sido instigadores, y por el cobarde asesinato de Chaila. El saqueo y el incendio, represalias terribles, devastan y destruyen la madriguera de la piratería y del robo. Los franceses no dejaron en la ciudad de Oneille al embarcarse mas que un monton de cenizas y los cadáveres de los frailes entre las ruinas de sus conventos.

La expedicion de Oneille y el degüello de sus sacerdotes, lejos de apaciguar la insurreccion en las montañas del condado de Niza, hizo que se levantasen en masa los barbetos. Reunidos á los piemonteses y á un cuerpo austriaco cedido al rey de Cerdeña por el emperador, atacaron á los franceses en Sospello, que era el punto mas elevado que ocupaban. Seis mil hombres y diez y ocho piezas de artillería arrojaron de allí al general Brunet. Anselme salió de Niza con toda la guarnicion, compuesta de doce compañías de granaderos; mil quinientos hombres escogidos y cuatro piezas de artillería, y fué á rescatar aquella importante posicion. La rescató en efecto á la bayoneta y volvió á Niza. Denunciado á la Convencion por su benigna administracion, culpable á los ojos de los jacobinos por haber contenido los asesinatos y las venganzas de los nizardos, fué arrestado en medio de su



ejército victorioso y conducido á París para espiar en los calabozos las primeras glorias de las armas francesas.

## XX.

Al mismo tiempo una escuadra mandada por el almirante Latouche, iba á intimar al rey de Nápoles que se declarase en pro ó en contra de la república, y que desaprobase los manejos de su embajador en Constantinopla, contra el reconocimiento del pabellon tricolor por el sultan. La escuadra compuesta de seis buques de guerra, habia entrado al 27 de diciembre en el golfo, desafiando á las quinientas piezas de artillería de los muelles y los fuertes de Nápoles. Latouche, despues de haber anclado debajo de las ventanas del palacio del rey y dado la señal de combate á sus buques, envió un granadero de las tropas de marina á llevar un mensaje al mismo rey. Este embajador no tenia mas título que el de soldado francés, ni otras credenciales que las mechas encendidas de las cañones de la escuadra que el rey veía humear desde lo alto del terrado de su palacio. El almirante exigía en su carta que el enviado de la república fuese recibido; que se garantizase á la Francia la neutralidad de Nápoles; que se llamase al embajador insolente que habia negado la legitimidad del gobierno del pueblo francés en Constantinopla, y que la corte de Nápoles enviase un embajador á París. La negativa de una sola de estas condiciones, seria la señal del fuego de los buques.

El rey intimidado recibió al granadero francés con los honores que hubiera concedido al enviado de la república; concedió todo lo que se le pedia, y además ofreció su mediación entre la república y sus enemigos. «La república, le respondió el granadero, no quiere mas mediación entre ella y sus enemigos que la victoria ó la

muerte.» La corte de Nápoles, dominada por una reina orgullosa y enemiga de los franceses, sufrió aquella humillacion sin murmurar. Fingió cumplir las condiciones pacíficas impuestas por la actitud de Latouche, y tomó de nuevo con mas odio su puesto en la conjuracion de las cortes.

## XXI.

En tanto que nuestros batallones sometian la Saboya y el condado de Niza; mientras nuestras escuadras dominaban las costas del Mediterráneo, y Dumouriez limpiaba lentamente la Champaña, los austriacos alentados en los Países Bajos por haberse ausentado el grueso de nuestras tropas, que Dumouriez habia llamado para la reunion en el Argonne, intentaban penetrar por el Norte de la Francia. Los emigrados habian persuadido al duque Alberto de Saxe-Teschen, gobernador de los Países Bajos, que los habitantes del Norte de la Francia y el pueblo de Lila, sobre todo, no esperaban mas que un pretexto para sublevarse contra la Convencion y para declarar á su rey cautivo una fidelidad que estaba en el carácter de aquellas provincias. Beurnonville, conduciendo diez y seis mil hombres del ejército del Norte al socorro de Dumouriez, dejaba descubierta á Lila, en donde solo habia diez mil hombres de guarnicion; fuerza insuficiente para defender fortificaciones muy vastas y para contener al mismo tiempo una poblacion de setenta mil almas. El duque Alberto reunió veinte y cinco mil hombres, pidió de los arsenales de los Países Bajos cincuenta piezas de artillería de sitio, se presentó el 23 de setiembre delante de las murallas de Lila, é hizo abrir trincheras.

Cinco baterías armadas con treinta piezas, se concluyeron en la noche del 29, y el baron d'Aspre fué á intimar la rendicion á la ciudad. Conducido al ayuntamiento



to con los miramientos conformes á las leyes de la guerra, el parlamentario hizo su intimacion al general Ruault, que mandaba la ciudad. El general respondió como hombre seguro de sí mismo, del valor de su débil guarnicion y del entusiasmo del pueblo. La multitud que se agolpaba á las puertas del ayuntamiento, volvió á conducir al parlamentario hasta los puestos avanzados austriacos, en medio de los gritos de ¡Viva la república! ¡Viva la nación! y el fuego principió al momento. Por espacio de siete dias y siete noches las balas y las bombas destruyeron sin descanso la ciudad, mataron seis mil habitantes é incendiaron ochocientas casas. Las bodegas donde las mugeres, los viejos y los niños buscaban un refugio, se hundieron en muchos barrios bajo el peso de las bombas y sepultaron miles de victimas bajo sus ruinas. Una poblacion intrépida se cambió en un ejército aguerrido, y no tuvo ni un solo momento de indecision, pareciendo ser la guerra la profesion habitual de aquel pueblo de las fronteras. Todas las ciudades del Norte, de que Lila aun no estaba cortada por un cordon completo, le enviaron víveres, municiones y batallones formados con lo mas florido de su juventud. Seis miembros de la Convencion, Duhem, Delmas, Bellegarde, Daoust, Doucet y Duquesnoy, fueron á encerrarse en sus muros para animar el valor de los sitiados y hacer ver en las fronteras, que la nacion combatia con ellas en la persona de sus representantes.

En vano treinta mil balas rojas y seis mil bombas del peso de cien libras, y cargadas á metralla, llovieron durante ciento cincuenta horas sobre aquel hogar humeante, sin cesar estinguido y sin cesar renovado: en vano para animar la constancia de los sitiadores, la archiduquesa de Austria, Maria Cristina, esposa del duque Alberto, fué ella misma á encender con su mano el fuego de una nueva batería: los de Lila conocieron que los austriacos cargaban sus piezas con barras de hierro, cadenas y piedras,

y sacaron la consecuencia de que empezaban á escasear las municiones, y perseveraron con mas confianza en su heroica impassibilidad bajo el fuego. El duque Alberto, careciendo á la vez de tropas y municiones, y sabiendo las ventajas obtenidas por Dumouriez en Champaña, temió refluyesen aquellos soldados sobre el Norte, y levantó el sitio sin ser perseguido.

Lila habia perdido un arrabal entero, y muchos barrios de la ciudad no eran mas que montones de ladrillos que servian de sepultura á los cadáveres hacinados. Sus restos humeaban aun, y las hendiduras de sus monumentos atestiguaban la gloria de una ciudad guerrera defendida y sacrificada á la vez por sus mismos habitantes.

Allí se vieron rasgos dignos de la antigüedad. Un artillero voluntario de la ciudad servia una pieza sobre los baluartes, vienien á advertirle que ha reventado una bomba sobre su casa, se vuelve, ve la llama que se eleva sobre su mansion y responde: «Aquí es mi puesto, aquí me han colocado para defender, no mi casa, sino mi patria. Fuego por fuego.» Carga y dispara su pieza. La salvacion de Lila escitó un entusiasmo nacional; las afrentas de Verdun y de Longwy estaban vengadas.

Apenas se habia levantado el sitio de Lila, cuando Beurnonville, destacado del ejército de Kellermann con diez y seis mil hombres, se adelantó hácia las fronteras del Norte, para concurrir al plan de invasion de la Bélgica, tan largo tiempo premeditado por Dumouriez y tan gloriosamente interrumpido por la campaña contra el rey de Prusia.

## XXII.

Ya hemos visto como Dumouriez, deseoso de volver á adoptar este plan, se dirigió á Paris al momento que



empezó el movimiento de retirada del duque de Brunswick. Su aparición en esta capital tenía menos por objeto triunfar, que preparar nuevas victorias, obteniendo con el ascendiente de un general victorioso, todos los medios necesarios para la invasión de la Bélgica; ídolo del pueblo, temido de los jacobinos, amigo de Danton, halagado por los girondinos; su gloria, su destreza y su entusiasmo militar arrancaron al poder ejecutivo todas las órdenes y todos los recursos de que podía disponer. Las consecuencias del 10 de agosto, la consternación de las jornadas de setiembre, la proclamación de la república, el estupor de los unos y el delirio de los otros ante el cadalso del rey, y en fin, el orgullo de Valmy y la gloria de haber reconquistado el territorio, hacían correr á las armas toda la juventud de la nación. Las armas faltaban á los brazos, no los brazos á las armas: se fabricaban apresuradamente en todos los talleres de la república: muchos comisionados de la Convencion y comisarios nombrados por los jacobinos, unos armados con la ley, otros con la dictadura de la opinion, recorrieron los departamentos para activar las fábricas de armas, decretar y animar los alistamientos en todo el territorio francés. Las autoridades locales, salidas espontáneamente del pueblo y compuestas de los hombres que la voz pública había designado como los mas patriotas, tenían en el país una fuerza de confianza, de impulso y de ejecución, que ningún magistrado había obtenido en tiempos ordinarios. Se les obedecía como se obedecía á su propia pasión, y no eran mas que los reguladores de un movimiento general.

Acudían en masa hombres de todas condiciones, de todas fortunas y de todas edades, para formar los batallones que cada departamento enviaba á las fronteras. Los guardias nacionales introduciendo sus soldados mas aguerridos en aquellos batallones, se trasformaron así sobre el mismo terreno en ejército activo. Los jóvenes

que se habían señalado por mas celo y patriotismo en la guardia nacional, fueron nombrados por sus compañeros de armas, comandantes de aquellos batallones. Estos voluntarios, hijos de las mismas ciudades, de las mismas aldeas y de los mismos cantones, hermanos, parientes, amigos y compatriotas, se conocían entre sí y escogían sus gefes entre los mas valientes, los mas dispuestos, los mas queridos, y formaban en cierto modo tantas familias militares, cuantos eran los batallones de cada departamento. Marchaban al combate vigilándose, escitándose mutuamente y prometiéndose dar fé de su patriotismo, de su valor ó de su muerte.

Al anunciarse un gran acontecimiento de París; al saberse la noticia de una declaración de guerra con un enemigo mas; al oír la relación de las catástrofes ó de las ventajas militares que señalaban los primeros combates de nuestros ejércitos en Champaña, en Saboya, en el Mediodía ó en el Norte, la llama nacional despertada con mas fuerza por el peligro ó por la gloria, se encendía en el corazón de los ciudadanos. Las ardientes proclamas de la Convencion, de las autoridades, de los jacobinos y de los representantes del pueblo en comision, llamaban á los defensores de la libertad. Su voz escuchada al punto, era la única ley para el alistamiento. El entusiasmo afilaba; la voluntad disciplinaba; los donativos patrióticos, equipaban, armaban, pagaban y mantenían aquellos hijos de la patria.

## XXIII.

En las ciudades, en los pueblos y en las aldeas, los dias en que las fiestas de la religion y las ferias reúnen los hombres en mayores masas, se levantaba un anfiteatro de madera en la plaza pública, en la de armas ó delante



de la puerta del ayuntamiento. Una tienda militar sostenida por pabellones de picas y coronada de banderas tricolores se veía estendida sobre las aceras como recuerdo de un campamento. Esta tienda, cuya tela levantaba por delante un granadero y un soldado de caballería con uniforme, se abría del lado del pueblo ocupando el centro una mesa con los registros de alistamiento. El representante del pueblo en comisión, con la faja tricolor ceñida, el sombrero con las alas levantadas, con un penacho de plumas, escribía en el registro los nombres de los que se alistaban. El alcalde, los regidores, los presidentes de los distritos y los de los clubs, estaban agrupados á su alrededor: la multitud conmovida se abría á cada momento para dejar paso á las filas de los defensores de la patria, que subían las gradas del estrado á decir sus nombres á los comisionados. Los aplausos del pueblo, los abrazos patrióticos de los representantes, las lágrimas de enternecimiento de las madres de familia, las músicas militares, los redobles de los tambores y las estrofas de la Marsellesa cantadas en coro, recompensaban escitaban y entusiasmaban aquellos sacrificios por la salvación de la república.

Aquel entusiasmo contagioso que dominaba las grandes masas, llegaba á apoderarse muchas veces de los espectadores y decidía á los hombres hasta entonces indiferentes ó tímidos á imitar los rasgos que presenciaban. Hombres casados se separaban de los brazos de sus esposas, para lanzarse hácia el altar de la patria: otros ya de edad avanzada y hasta viejos, pero aun robustos y ágiles, venían á ofrecer el resto de sus días por la salvación del país. Despojábanse de sus chaquetas y fraes delante de los representantes, y mostraban su pecho desnudo, sus espaldas y brazos aun robustos, para probar que sus miembros tenían fuerza para llevar la mochila, el fusil y arrostrar las fatigas de una campaña. Los padres inscribiéndose con sus hijos, los ofrecían á la patria pi-

diendo marchar en su compañía. Las mugeres, para seguir á sus maridos ó sus amantes, ó animadas por aquel delirio de la libertad y de la patria, el mas generoso y desinteresado de todos los afectos, abandonaban los trages propios de su sexo, vestían el uniforme de voluntarios y se alistaban en los batallones de sus departamentos.

Estos voluntarios recibían un pasaporte para ir al depósito designado por el ministro de la Guerra y recibir allí el equipo, la instrucción y la organización. Empeñaban la marcha por grupos mas ó menos numerosos, tambor batiente y cantando himnos patrióticos, acompañados hasta una gran distancia de sus pueblos por las madres, hermanas, hermanas y novias que llevaban la mochila y las armas y que no se separaban de ellos hasta que la fatiga había agotado, no su ternura sino sus fuerzas. Donde quiera que se reunían carreteras, en los lugares elevados, en las entradas y salidas de las ciudades, á las puertas de las posadas aisladas donde estos destacamentos hacían alto, eran testigos los viajeros de aquellas separaciones y despedidas. Los voluntarios, á quienes estos últimos abrazos dejaban rezagados enjugaban sus lágrimas marchando aceleradamente para alcanzar á su batallón sin mirar hácia atrás, temiendo dudar y enternecerse, y volvían á cantar con su voz baja pero segura, la estrofa de la Marsellesa que entonaban sus camaradas: *Allons enfants de la patrie*.

La población de las ciudades y aldeas que atravesaban, salía á las puertas de las casas para verlas pasar y ofrecerles pan y vino. En los puntos donde debían detenerse, se disputaban quién los alojaría, como si fuesen hijos de la familia. Las sociedades patrióticas salían á su encuentro, ó los convidaban á asistir por la noche á su sesión. El presidente les arengaba, los oradores del club fraternizaban con ellos ó inflamaban su valor, citando victorias tomadas de las historias de la antigüedad. Se les



enseñaban los himnos de los dos Tyrteos de la revolución, los poetas Lebrun y Chenier. Se les embriagaba con el ardor santo por la patria y con el fanatismo de la libertad.

## XXIV.

Tales eran los elementos del ejército que marchaba por todos los caminos de Francia desde el centro hácia las fronteras, y que Dumouriez organizaba sobre la marcha.

Este general, despues de haber pasado cuatro dias en París en conferencias secretas con Danton y en conferencias militares con Servan, entonces ministro de la Guerra, salió el 20 de octubre para ir á su cuartel general de Valenciennes. Antes de presentarse en esta ciudad pasó dos dias en una quinta que tenia en las inmediaciones de Perona, para meditar sobre dos objetos; su plan de campaña para libertar la Bélgica de manos de los austriacos, y su plan de conducta para adular ó intimidar á la Convencion; servir á la república si sabia darse un gobierno; dominarla y destruirla, si como lo temia, pasaba de una anarquía á otra entre las manos de todas las facciones. El general habia salido despreciando mucho á los girondinos, y lleno de confianza en el genio de Danton. El indeciso horizonte de su fortuna le presentaba dos perspectivas, sobre las que se complacia igualmente en detener su imaginacion: una dictadura para él mismo dividida en lo interior con Danton; ó el papel de Monk modificado por la diferencia de los tiempos y de los hombres, es decir, el restablecimiento por manos del ejército, de una monarquía constitucional, cuyo pensamiento le sugeria el duque de Chartres.

Mientras que Dumouriez combinaba asi las probabili-

dades que podian traer en pos de sí la guerra ó la revolución, Servan dejó el ministerio en el cual le reemplazó Pache.

## XXV.

Pache, personage subalterno que acababa de salir de repente de la oscuridad, elevado al ministerio de la Guerra por los girondinos, era amigo de Roland, y uno de esos hombres, cuya ambicion se oculta bajo una modestia que tranquiliza contra sus pretensiones. Apenas se sabia cual era su origen y por qué medios habia marchado ó arrastrándose hasta allí en la vida: solo se sospechaba que era hijo de un portero del duque de Castries, educado por el interés de aquella ilustre familia, y á su vez se habia encargado él de educar á uno de los hijos de la misma casa. Instruido, estudioso y reservado, no dejando escapar en la conversacion mas que las palabras escasas y precisas, que indicaban la exactitud y universalidad de su inteligencia, parecia muy á propósito para llegar á ser una de aquellas ruedas útiles del mecanismo de la administracion, é incapaces de aspirar á ser nunca los reguladores. Tenia un desinterés hipócrita, pues ocultaba su deseo de mando bajo la apariencia y la sencillez de un filósofo: esta austeridad antigua habia seducido á madama Roland, que se entusiasmaba con todo lo que la hacia recordar los hombres de Plutarco. Habia hecho que su marido tomase á Pache para gefe de su gabinete particular en el ministerio del Interior, y para confidente y auxiliar en sus trabajos mas difíciles y secretos. Veia en Pache uno de esos hombres prudentes que la Providencia coloea en torno de los hombres de Estado, para inspirarles sus consejos.

En el momento que Servan fué llamado al ministerio de la Guerra, entró Pache en su administracion con el



mismo título y el mismo disimulo que con Roland, demostrando en ella la misma aplicacion en llenar su deber é igual aptitud para los pormenores. Al retirarse Servan, Roland habia propuesto á Pache para la Guerra en el consejo de los ministros. Los girondinos, que bajo la palabra de Roland veian en Pache un amigo decidido de su fortuna y de su causa, le aceptaron con confianza, creyendo que de ese modo el espíritu de Roland animaria los dos ministerios; pero apenas Pache se vió instalado en el consejo, sacudió como un recuerdo importuno, toda dependencia como todo reconocimiento hacia su antiguo patrono, y principió á urdir en secreto y bien pronto abiertamente con los jacobinos, las tramas que debian hacer caer á Roland del poder, y conducir á su muger al cadalso. Pache dió á los jacobinos por prenda la administracion del ministerio de la Guerra, que confió á sus favoritos. Vicent y Hassenfratz dominaron allí en su nombre; el uno, jóven franciscano, discipulo y émulo de Marat, y el otro, patriota de Metz, refugiado en Paris. Pache, unicamente ocupado en estender su popularidad, hizo de sus oficinas otros tantos clubs, donde se veia el trage, las costumbres y el language de la mas desenfrenada demagogia. El gorro encarnado y la carmañola, reemplazaban al uniforme; las hijas de Pache, apareciendo en las fiestas cívicas, hacian gala en todas partes de la exageracion de su patriotismo. Este ministerio no podia servir las miras de Dumouriez, á quien se acusaba de ser el hombre de guerra de los girondinos: el nombramiento de Pache le aterró, y comprendió vagamente desde entonces, que bien pronto se veria reducido por la enemistad de los jacobinos á la alternativa de humillarse ante ellos ó de hacerles temblar delante de él.

## XXVI.

Asi que llegó á Valenciennes, Dumouriez redactó su plan de invasion en Bélgica, y envió á cada uno de los generales que estaban á sus órdenes, la parte de cuya ejecucion les encargaba, y cuyo conjunto él solo conocia, dirigiendo los movimientos combinados. Sus fuerzas ascendian á ochenta mil combatientes; el entusiasmo que habia conducido sus batallones á la frontera, se aumentaba aun con la esperanza de una conquista hecha en nombre de la república: tenian en su general en gefe aquella confianza que el héroe de Valmy y el libertador de la Champaña inspiraba á los soldados. En donde estaba Dumouriez, allí estaban para ellos las leyes y la patria. Algo de dictatorial se revelaba en su fisonomia, en sus palabras y en sus órdenes del dia que daba al ejército. Parecia le importaban muy poco los comisarios, los decretos de la Convencion, las miras del ministro de la Guerra y llevar el gobierno consigo.

Mandaba en Bélgica por los austriacos el duque Alberto de Sajonia-Teschen, á quien el emperador y la Prusia habian dejado en un aislamiento que comprometia por aquella parte la seguridad de la Bélgica. Las fuerzas diseminadas del duque de Sajonia-Teschen apenas llegaban á treinta mil combatientes, de los que cuatro mil eran emigrados franceses, por la parte de Namur, al mando del duque de Borbon, hijo del principe de Condé. Sus tenientes cubrian con fuertes destacamentos toda la frontera belga. El duque de Sajonia-Teschen, colocado en el centro de aquellas fuerzas diseminadas, pronto á avanzar ó á replegarlas sobre sí, ocupaba á Bruselas con una débil guarnicion.